

DIARIO DE

BARCELONA,

Del Jueves 6 de

Abril de 1809.



San Celestino, Papa. — Las Quarenta Horas están en la Iglesia Colegiata de Santa Ana : se reserva á las seis.

Día	Termómetro	Barómetro.	Vientos y Atmósfera.
4 á las 11 de la noc.	9 grad.	28 p. 21.	S. E. F. nubes rociado.
5 á las 6 de la mañ.	5	28 2	N. cubierto lluvia.
5 á las 2 de la tard.	6	28 2 3	Idem entrecub.

Continúa la Novela de los Esposos desventurados.

Enterraron estos dos infelices al navío que los estaba esperando. Preguntó inmediatamente el desconocido Milor, qual era la direccion de su barco, y de donde habian salido. Entónces le dixo su capitán: nosotros hemos salido de Londres, no con otro intento sino el de buscar por todas las costas al infeliz Milor Swallowelo; pues se ha esparcido una voz, de que el navío en que regresaba habia naufragado y sumergido toda su gente á lo mas intimo de las aguas. Toda la ciudad está anegada en un inmenso dolor, y solo esperan mi regreso para cumplir las exéquias pertenecientes á dicho Señor. — ¿Y sentis vos tambien la pérdida de Swallowelo? — Oh! cómo es un hombre tan benéfico! — No es esto lo que pido. Te pregunto si sientes su pérdida. — En grande manera; pues yo acompañé al llanto. — Estoy satisfecho de tu buen corazon. Dirige tu navío hacia Londres, que sin duda encontrareis al misero Milor. — Pero, ¿á dónde lo podremos hallar? — En tu embarcacion. — Que... qual... donde...? vos por ventura? — Si buen hombre, soy yo el Milor á quien buskais; pero solo Venceslao, sí, ese jóven es acreedor de las felicidades que poseo, gracias al Cielo. Pero decidme: ¿Elena mi hija donde está? En el palacio del Príncipe; pues si vos hubieses faltado gozaria los amores de un Rey, y las caricias de un nuevo Padre. — ¿Qué largo será el camino! Y cómo disfrutaremos, ó Venceslao, de la presencia de un pueblo que nos estima!

Sopló favorable el viento; abrian paso las olas, porque el navío del Milor llegase felizmente á Londres. Despiden una lancha con la inesperada noticia de su regreso. Salio el Príncipe á las escaleras del puerto.

para recibir en sus brazos al Milor, que estaba por saltar en tierra. Encruzan sus brazos, y se dirigen hacia á palacio, para ver á su querida hija Elena. Seguir también sus huellas el infeliz Venceslao; ya casi olvidado el Milor de sus beneficios por verse circuido de Guardas, llama á un negro su criado, y dixo acompañara á Venceslao en su casa, y que le diese algo que comer. Así lo hiz el buen negro. Se dirigieron entrambos á la casa del ingrato Milor. Llegada la noche como parece este con Elena su hija. Al tiempo mismo que Venceslao vió que esta era el hilanco de sus suspiros, empieza á contemplar su belleza. Quedó inmediatamente encendida, la ya casi extinguida llama de Cupido. Se mostró no ménos sorprendida Elena, al ver la bizrria de aquel, que algunos llamaban extranjero. Daba raxidas miradas Venceslao, contemplando de nuevo la hermosura de esa jóven. Soltó en tal paso Elena un suspiro, de que ya quedó cierto Venceslao de la fina correspondencia de Elena. Disimula el Milor, no obstante de causarle la mas grande admiración, las voluntades de esos jóvenes. Pregunta á Venceslao, que es lo que queria en recompensa de su generosidad. — Dixole tremulamente el jóven: yo solo aspiraba en sacrificar todos los dias de mi vida á vuestro servicio, pero encuentro unos motivos que me obligan á decir que sin duda... — D xaos, y decidme: ¿podré á lo ménos saber á quien debo tantos beneficios? — Si Milor: al infeliz hijo del Marques Eduardo. — Como, ¿vos su hijo? — ¡Ah! bien os dire en la desierta playa, que no queria contaros mi infancia. — Alentad Venceslao, y perdid quanto... — Solo deseo un retiro; permitidme el ausentarme de la presencia de Elena, pues solo los bosques deben ser compañeros inseparables de mis desgracias.

Se fué Venceslao dexando al ingrato sumergido en sus necias cabilaciones; y á la infeliz anegada en un inmenso dolor. Tendi se sobre la camilla, sin otro alivio que las lágrimas, y sin otro consuelo que la desesperacion. ¡Ay de mi (exclama el mismo jóven) bien conozco la ingratitud del Milor! Bien conozco que su hija Elena tiernamente me compadece! ¡Oh tirano Cupido! Como al entrar en esa ciudad, no me arrojaste una saeta de plomo y así sin duda seria feliz. ¡Oh tirano corazón de Elena! Tu te derites en una suave consolacion por un infeliz. Yo huire de tu presen cia á los climas mas incultos de la tierra. Yo grabaré un epitafio en la losa de nuestros infortunios que diga: *Vive aquí el que muriendo vive*. Te d xaré que gozas de las pretensiones de otro amante. Dexaré que gozas... no, no es tan barbara mi querida Elena. Solo desea, poderse llamar esposa de... sí, de mi mi rival el hijo de Brettono. ¿Qué digo!... ¿Venceslao sin Elena? ¡El pórndo hijo de un Milor, gozará lo que solo se reserva por un infeliz! ¡Ah! mu ra ese fingido amante que... Triste situ cion la mia! El hijo de Brettono es un hombre rico... Yo soy un infeliz... Elena quizá estimará mas bien el centro de un coche, que no los brazos de un amante infeliz. Yo muero... Un sueño... ¡Elena na sí, querida Elena!

Quedó dormido el misero Venceslao, encontrando el sueño en las ternas expresiones de su querida. Llegada la mañana siguiente, solo

busca ocasion oportuna para comunicarle sus amores. Dirige sus trémulos pasos hacia la sala donde estaba su adorada Elena. Iba á abrir la puerta, quando siente los tiernos suspiros que despedia. Se detiene un poco, y se resuelve por fin entrar á la magnífica estancia de su Señora, y la encuentra... sí, la encuentra con la pluma en sus manos. Quiere hablarla: mas ella cierra el papel que escribia, y lo pone en sus manos diciéndole *Toma Venceslao esa carta; donde verás descubierto el corazón de Elena: tomala....* Mas mi Padre llama; vete á tu quarto, y entonces... á Dios... que vuelve á llamar... hasta la noche.

Muy contento quedó Venceslao con la carta de Elena. Abrela con mano temerosa, y ve que sus expresiones son las siguientes: «No duermas, amigo Venceslao, del fino amor de la que promete llamarse tu esposa; conozco tu misero estalo, aunque noble. Me acuerdo de las expresiones con que me consolabas la otra vez que veniste en esa Corte. Pero sepas, que mi Padre quiere sacrificarme en las cruentas aras del corazón del hijo de Brettono. Yo no consiento en ello; pues tu procura ganar mi mano con caricias á mi Padre, ó si se resiste....» Aquí cerró la carta Elena, por haber llegado á su quarto Venceslao. Mucho sintió el que no pudiese saber lo que iba á pronunciar con aquellas palabras: *ó si se resiste....* Pero fueron bastantes estas expresiones, para derramar en su pecho el dulce bálsamo de la consolacion.

Todas las noches se veian entrambos amantes; siempre trataban de la lisonjera esperanza de llamarse esposos. Mas pasados casi dos meses, preguntó el Milor á Venceslao: qual era el origen de sus tristezas, y que es lo que queria en recompensa de sus beneficios. A lo que respondió el buen jóven ya sabeis, señor, que si mis padres no os igualan en bienes de fortuna, su nobleza claramente puede competir con la vuestra, y así no será delito el desearos que amo en grande manera á Elena.... — Que decis, á mi hija? — Si, Milor, á Elena. Y pienso estar bien correspondido. — Mirad primero. — Nada atiendo; esto es lo que pido en recompensa de lo que decis hice por vos. — Si; pero Elena quiza.... — Elena tiernamente me compadeció, nos vimos, y se nos antorruxo el fuego del amor en nuestros pechos. — ¡Vay! ¿y tan presto? — No penséis tan vano Milor, soy yo aquel que catorce meses hace, respetabais por Mariscal. Soy yo aquel que tuvisteis alojado en vuestra casa, quando vine con un pliego.... He acordado, y ya no se os hará tan extraño nuestro amor. — ¿Que decis? ¿vos el Mariscal Penaranda? — El mismo. — Pues creed que si el intento de mi hija es segun decis, quedarán colmados vuestros deseos.

Se fué muy presuroso el Milor á encontrar á su hija, y viendo que permanecia firme en los amores de Venceslao; le habla del hijo de Brettono; le acuerda sus riquezas; le anuncia muchas felicidades, publica la miseria de Venceslao. — A cuyas temerarias propuestas, responde energicamente la muchacha: cesad, ó padre, porque Venceslao merece mi mano, y no el pérfido hijo de Brettono. Y si teme-

rario os quereis resistir á nuestros justos designios, creed que moriré despachada, y solo oireis de mi boca: número por Venezuela. (Se continuará.)

NOTICIAS PARTICULARES DE BARCELONA.

BANDO.

Habiéndose notado que algunos vecinos recojan Pan de las Tablas, y que despues lo venden á mayor precio á el Público, frustrando por este medio el alivio que el Ayuntamiento y Junta de Pan con sus continuas fatigas ha facilitado: conferenciado este punto en la Junta General de Autoridades y Clases, se ha resuelto, que no se permita semejante abuso, castigando competentemente á los Contraventores. Y en su consecuencia Ordeno, con acuerdo del Ayuntamiento, que ninguna persona haga semejante monopolio, baxo la pena de perder el Pan que se le encuentre y 500 de multa, contentándose los vecinos con tomar en las Tablas el Pan que necesiten para su consumo. Y para que llegue á noticia del Público se fixa este Edicto. Barcelona 5 de Abril de 1809. = Don Miguel Uraux d'Amelin.

AVISO.

Quien quiera entender en el subministro de Leña á las Tropas existentes en esta plaza, baxo el pie de dos libras por racion diaria, podrá presentarse al señor Intendente general para tratar del precio, tiempo y demas circunstancias.

Pérdida.

El dia 3 del corriente, en la Iglesia del Pino, ó al salir de ella, pasando por varias calles de esta ciudad, se perdió un Zarcillo de oro calado: en la oficina de este Periódico informarán del sugeto que lo perdió, el que manifestará el compañero, y dará una competente gratificacion.

Serviente.

En la calle den Guardia, en el primer piso de la casa de Bayona, se necesita un criado que sepa cuidar

caballos, gobernar un carruage y echar mano á lo demas que se ofrezca en casa. Igualmente se recibirá un muchacho de 10 á 12 años para ir detrás de un birlocho, y que haga lo que se le mande en la casa.

Nodriz.

Qualquiera que necesite una nodriza de 30 años de edad, cuya leche es de nueve meses, acuda á Joseph Barris, carpintero, delante la fuente de San Juan, que dará razon de ella.

CON REAL PRIVILEGIO EXCLUSIVO.

En la Imprenta del Diario, calle de la Palma de San Justo, núm. 39.